

MAKSYMILIAN DROZDOWICZ

Universidad de Ostrava

Lincoln Silva, iconoclasta

Palabras clave: Lincoln Silva — literatura paraguaya — anarquismo — dictadura — Iglesia católica.

1. El autor y su contexto

La renovación de la literatura paraguaya que se inicia principalmente con Augusto Roa Bastos, Gabriel Casaccia y José María Rivarola Matto en los años 50, ofrece —como sostiene José Vicente Peiró Barco— un segundo brote en la década siguiente, con obras de Jesús Ruiz Nestosa, Augusto Casola, Santiago Dimas Aranda, Ovidio Benítez Pereira y Lincoln Silva¹. Al incluir a este grupo a Elvio Romero y a Carlos Garcete, obtenemos un cuadro casi completo de las dos generaciones de escritores que han sentado las bases de la literatura paraguaya moderna y la han elevado a un nivel hasta entonces inalcanzable². Conocido como novelista, Lincoln Silva (n. 1945) es impulsor de una narrativa burlesca y sacrílega, cuestionadora del orden establecido. En su primera novela, *Rebelión después* (1970)³, y la posterior, *General, general* (1975)⁴, pinta el Paraguay como un país de magia y de violencia. Ambas novelas contienen el humor y lo grotesco de la realidad política paraguaya durante el gobierno del general Alfredo Stroessner (1954–1989)⁵. Según Milagros Ezquerro, Lincoln Silva representa hasta la fecha la última expresión de la narrativa crítica del Paraguay, pero su taller literario no es del todo perfecto. Se notan desigualdades en la creación de Silva, pero indudable es el verdadero talento del narrador, que todavía no había logrado un dominio

¹ J.V. Peiró Barco, *Literatura y sociedad. La narrativa paraguaya actual (1980–1995)*, en: Biblioteca Virtual Miguel de Cervantes, 2001, pp. 908–909. <<http://www.cervantesvirtual.com/FichaObra.html?Ref=6999>>, 16 de abril de 2009.

² *Ibidem*, p. 41.

³ L. Silva, *Rebelión después*, Buenos Aires, 1970. En adelante citado RD.

⁴ L. Silva, *General, general*, Buenos Aires, 1975. En adelante citado GG.

⁵ T. Méndez-Faith, *Breve diccionario de la literatura paraguaya*, 2ª ed. corregida y aumentada, Asunción, 1996, pp. 246–247.

cabal de los instrumentos expresivos⁶. El escritor, como sugiere la investigadora, podría aprender de Gabriel Casaccia el arte de urdir una trama y de Roa Bastos, la maestría en el uso del idioma.

Hugo Rodríguez-Alcalá analiza la creación de Silva destacando su labor continuadora de Rafael Barrett, el hispano-paraguayo de principios del siglo XX y autor de artículos que desnudaban la miseria en el campo paraguayo y la esclavitud en las plantaciones de yerba mate. Barrett, fallecido a los 34 años y comparado por su osadía con Emile Zola y su “*J’accuse*”, había denunciado en *Lo que son los yerbales (paraguayos)* y *El dolor paraguayo* la inmoralidad política y los vicios nacionales⁷. La crítica político-social de Lincoln Silva contiene un humorismo delirante, con juegos verbales que provocan una carcajada que —según advierte Rodríguez-Alcalá— no es trágica⁸. Pero, a pesar de su incuestionable comicidad, el autor pinta también cuadros de mucho horror, inspirándose en Roa Bastos. Igual que Casaccia y otros representantes de la tendencia que podemos llamar realista crítica, Silva continúa el cuestionamiento de los valores hasta ahora tabuizados. Se siente muy paraguayo y coincide en el rechazo del idealismo promovido por la oficialidad⁹.

La crítica ve el antecedente de *General, general* en el estallido de la revolución de Franco de 1936¹⁰. Los revolucionarios llamados “febreristas”¹¹ tomaron el poder en este año y en la novela de Silva quedan satirizados en este fragmento: “Del febrerismo al marzismo no hay más que un mes...” (GG, p. 45). No es solo un simple juego de palabras sino más bien la expresión del cansancio de la política en el narrador que considera todo el movimiento golpista como una repetición del viejo esquema del derribo-ascenso que sucede en el Paraguay con una inquietante regularidad. En *Rebelión después* se evidencia la destrucción completa del hombre por la tortura, el sexo y la ignorancia (cfr. “Introducción”, RD, p. 5), mientras que en *General, general* el Paraguay entero parece formar una gran cárcel. Tocando el tema de la dictadura, Silva, a pesar de su humorismo, hace vislumbrar los problemas concretos. Temáticamente se encuentra cercano a la llamada novela de dictador y en cuanto al tratamiento del tema,

⁶ M. Ezquerro, “El peso de la historia. La narrativa”, *Cuadernos Hispanoamericanos*, 629, 2002, p. 33. Sugerencia de Juan Carlos Martelli.

⁷ Sobre Rafael Barrett imprescindible es la monografía de F. Corral, *El pensamiento cautivo de Rafael Barrett. Crisis de fin de siglo, juventud del 98 y anarquismo*, México D. F.–Madrid, 1994. Remitimos también a un estudio menor de fecha reciente: M. Drozdowicz, “Rafael Barrett y las ideas de la Generación del 98. Aclaraciones y críticas”, *Studia Romanistica*, 2, 2011, pp. 59–71.

⁸ M. Ezquerro, *op. cit.*, p. 33, y también H. Rodríguez-Alcalá, *La incógnita del Paraguay y otros ensayos*, Asunción, 1987, pp. 76–77.

⁹ Cfr. H. Rodríguez-Alcalá, *Augusto Roa Bastos. Premio Cervantes 1989*, Asunción, 1990, p. 95.

¹⁰ H. Rodríguez-Alcalá, *La incógnita del Paraguay...*, p. 80.

¹¹ Los febreristas son los seguidores del coronel Rafael Franco, que formaron el Partido Febrerista en consecuencia de la revolución en el febrero de 1936. El gobierno de Franco abarca desde el 17 febrero de 1936 hasta el 13 de agosto de 1937. Tras un nuevo golpe militar, le sucedió el liberal Félix Paiva (P. Lewis, *Paraguay bajo Stroessner*, trad. M.T. Góngora Barba, México, 1986, p. 51, y A. Pecci, *Roa Bastos. Vida, obra y pensamiento*, Asunción, 2007, p. 25).

especialmente en *General, general*, nos parece cercano a *Tirano Banderas* de Valle-Inclán. La dictadura en su aspecto totalizante, ya mencionada en *Yo el Supremo*, encuentra en Silva su crítico más decidido que no duda en denunciar los defectos y que se inscribe de este modo en lo que Teresa Méndez-Faith llama perspectivismo, característico en los autores paraguayos del exilio, a quienes no fue ajena la problemática paraguaya¹².

2. Contra el Paraguay dictatorial¹³

Durante la época stroessnerista la propaganda oficial consideraba rebelde y revolucionaria toda la actividad clandestina de los movimientos de izquierda, inspirados sobre todo por la revolución cubana. El marxismo que no pudo dar un fruto de importancia en el Paraguay por la intensa labor de los servicios de inteligencia del dictador, logró filtrar ciertas ideas que llegaron clandestinamente al pueblo. La rebelión, como el objetivo al que pretendían llegar los anarquistas de todo el mundo, con Proudhon, Kropotkin y Barrett en la cabecera, para Carla Benisz y Mario Castells significa “una expresión del resentimiento pequeño-burgués y no odio de clase”¹⁴. La necesidad de rebelión (revolución) siempre aparece como prioritaria para Silva. Para él, el aislamiento y la falta de libertad son razones suficientes para iniciar en el Paraguay una revolución, según consta en un fragmento: “La alienación está haciendo estragos [...]. Esta generación está teórica y prácticamente jodida” (RD, 87).

Benedicto Sanabria, la figura principal de *General, general*, místico y loco al mismo tiempo, predica por las aldeas paraguayas su versión particular del Evangelio, el *Tratado de Koprocas* de su autoría que, en nuestra opinión, presenta un cruce curioso entre el marxismo y la mezcla doctrinaria de las tres grandes religiones monoteístas. Sanabria avisa el fin de la dictadura de un tal General y, apoyándose en sus visiones, llama a la rebelión. Sanabria pretende, según su propia confesión, “con su revolución tomar el cielo por asalto” (GG,

¹² T. Méndez-Faith, *Paraguay: novela y exilio*, Asunción, 2009, pp. 67–73.

¹³ Teresa Méndez-Faith describe la presencia del tema de la dictadura en la narrativa paraguaya de los años setenta: “La dictadura, [...], está implícita o explícita en el miedo que atormenta a tantos personajes de las obras de exilio. Y se hace directa en su realidad de cárceles, torturas y persecuciones en varios cuentos de Rubén Bareiro Saguier —incluidos en *Ojo por diente* (1973) y en *El séptimo pétalo del viento* (1984) — y de Rodrigo Díaz-Pérez —contenidos en *Entrevista* (1978) y en *Hace tiempo... mañana* (1989)— como también en las novelas de Lincoln Silva: *Rebelión después* (1970) y *General, general* (1975). Productos del destierro, aunque ya de fines de los 80, son también dos obras inspiradas en la problemática de la dictadura: *El collar sobre el río* (cuentos) de Carlos Garcete y *El invierno de Gunter* (novela) de Juan Manuel Marcos, ambas publicadas en 1987”. T. Méndez-Faith, *op. cit.*, p. 19. El tema ha sido tratado también por M. Langa Pizarro, “Paraguay y su narrativa: la ruptura del aislamiento”, en T. Barrera (ed.), *Historia de literatura hispanoamericana*, t. III, *Siglo XX*, Madrid, 2008, pp. 459–460.

¹⁴ C. Benisz, M. Castells, “Notas sobre la novelística de Gabriel Casaccia, un escritor malo”, <<http://produccion.fsoc.uba.ar/paraguay/nosotros/benisz01.pdf>>, p. 9, 24 de agosto de 2010.

p. 48) y con este fin enseña a sus compañeros “el mecanismo de la producción feudal o capitalista” (GG, p. 33), lo que constituye el motivo ideal para quedar despedido de cualquier empleo. En sus enseñanzas prevé lo inevitable que es la victoria final, a pesar de las torturas y muertes. Y dice: “Pero nada, ni la sangre que salta en coágulos de sus gargantas carcomidas, ni el ladrido canalla de los guardias impiden que el coro agónico se desate y siga cavando túneles imaginarios en los muros del presidio” (RD, p. 119). Como los grandes artífices del movimiento comunista, Sanabria se limita a demostrar que “las palabras despiertan la conciencia, que la conciencia precede a la acción y que la acción es madre de la revolución en el mundo” (GG, p. 14), por lo cual su doctrina en seguida queda calificada de peligrosa.

Una vez, al padecer torturas en un lugar de detenciones, predica con rabia: “Comenzaron a arder los bancos, las catedrales y los cuarteles [...]” (GG, p. 147), señalando precisamente a los tres opresores, “bestias negras” indicadas ya por Rafael Barrett, que habría que liquidar. E incita a la acción diciendo: “Los labradores deben conquistar el mundo así como los poderosos se lo arrebataron, por medio de la violencia organizada” (GG, p. 128)¹⁵. El narrador aquí denomina las *Memorias* de Benedicto Sanabria como “una descarga de terror y maravilla que terminaría por anarquizar la sociedad y trastornar toda la especie humana” (GG, p. 8). El revolucionario-loco Sanabria que, en nuestra opinión tiene mucho parecido con el jefe de la secta en Canudos, el Consejero, de *La guerra del fin del mundo* de Vargas Llosa, está definido por Hugo Rodríguez-Alcalá como un rebelde sin programa. Lo afirman las palabras del crítico: “Lincoln Silva satiriza en Benedicto Sanabria el tipo de revolucionario que sólo tiene una vaga idea de cómo hacer una revolución; del revolucionario que no conoce a fondo todos los problemas del Paraguay y que, además, carece de los medios y recursos suficientes”¹⁶.

Silva ve —igual que Barrett— la inutilidad de las guerras. Llama al pacifismo y cuando pide a los soldados dejar las armas durante una contienda de la Guerra del Chaco, queda condenado a pena de muerte. Oficialmente se le acusa de “arengar a los paraguayos y bolivianos que dejaran de matarse sin razón, pues el petróleo ya había sido entregado a los norteamericanos” (GG, p. 18). En suma, se trata de indicar la intromisión del poder extranjero en toda la política paraguaya. También durante la dictadura de Stroessner visible era la asistencia de los especialistas norteamericanos para impedir el desarrollo del comunismo en el país. Por esta razón el Paraguay no le parece a Silva un país del todo autónomo sino limitado en su soberanía y que tiene —por utili-

¹⁵ Comparemos estas palabras de Silva con un llamado que aparece en los escritos de Rafael Barrett: “Suprimid el sacerdote, el capitán, el patrono, el magíster. Matad el principio de autoridad donde lo halléis. Que el hombre lo examine todo por sí. Que sea responsable de sí propio. [...] Combatamos al jefe, a todos los jefes. Tenemos en nosotros cuanto necesitamos”, R. Barrett, “Nuestro programa”, *Obras completas*, t. I, Santander, 2010, p. 531.

¹⁶ H. Rodríguez-Alcalá, *La incógnita del Paraguay...*, pp. 82–83.

zar la expresión de Roa Bastos— “la independencia protegida”¹⁷. El mismo parecer tiene el campesino Eleuterio, combatiente de la contienda chaqueña, al mostrar su desilusión: “Ganamo la guerra, perdimo la tierra y se vinieron lo gringos” (RD, p. 96). Del mismo modo sobre las pérdidas de la Guerra del Chaco habla Augusto Roa Bastos en *Hijo de hombre* al presentar en el último capítulo a unos combatientes que vuelven del Chaco cambiados, trastornados y que continúan el tema de la guerra durante la época de paz, luciendo con sus medallas de hojalata¹⁸.

Benedicto Sanabria, el más logrado personaje y —en cierto aspecto— vocero del autor, declara en cierto momento lo que podría ser una fascinante definición del país: “El Paraguay ya no es un Estado, sino un estado de ánimo —dijo—. Y lo que es peor aún, un estado de sitio” (GG, p. 126). Destaca en la nación guaraní la falta de libertad y no se cumplen los derechos humanos. Si leemos el fragmento: “—¿Hay muchos presos políticos en el Paraguay [...]?—preguntó el periodista. —¿Muchos? No me haga reír. ¿Hay gente libre en el Paraguay?, tendría que haberme preguntado” (GG, 59), llegamos a la conclusión de que la mejor manera de conocer la realidad es buscar lo exactamente en la propaganda oficial. Lincoln Silva ofrece una muestra del lenguaje de la propaganda que acompañaba a las actividades informales en el campo paraguayo, por ejemplo respecto a un tipo de cooperativas llamadas Ligas Agrarias, combatidas por Stroessner: “se expulsó oficialmente a los disidentes, tratándoles de «Enemigos del orden público», «Disolventes de la familia cristiana», [...] «Asalariados de la canalla roja» y «Asesinos de la Paz»” (RD, p. 105).

Tanto la capital, Asunción, como el territorio paraguayo siguen siendo en la óptica de Silva como un gran teatro donde se estrena un espectáculo peculiar que puede ser la vida político-social. Los bien conocidos cuartelazos, golpes de Estado, revoluciones, dictaduras y cortos plazos de paz, han marcado el país, considerado ahora caótico y destemplado. Los actores en esta pieza espectral son varios y —como en los autos sacramentales del Siglo de Oro español— representan conceptos abstractos que, por supuesto, merecerían un análisis profundizado aparte. Aquellos actores que juegan en la escena paraguaya, aparecen en este orden: “1º) El Silencio. 2º) El Terror. 3º) La Delación. 4º) La Libertad. 5º) La Dictadura. 6º) La Democracia. 7º) La Corrupción. 8º) El Pueblo. 9º) La Policía. 10º) La Iglesia. 11º) El Ejército. 12º) La Miseria. 13º) La Revolución” (RD, p. 77–78). Muy llamativa es la acotación que acompaña al último actor, La Revolución, que, en esta perspectiva, es más importante siendo el culmen del esfuerzo colectivo de los demás actuantes: “La dificultad de llevar a escena este personaje, hace que la obra no valga para nada y a lo largo y lo ancho del escenario crezca la frustración como yerba mala” (RD, pp. 78). De este modo está definido todo el ambiente psicológico del Paraguay que sirve como clave para interpretar contextual-

¹⁷ A. Roa Bastos, *El texto cautivo*, Alcalá de Henares, 1990, p. 10.

¹⁸ Véase: A. Roa Bastos, *Hijo de hombre*, edición definitiva, Madrid, 1997, p. 404.

mente otras imágenes y metáforas utilizadas por el narrador. Por la razón mencionada más arriba y al observar el proceso del desgaste ideológico en la nación guaraní, uno puede empezar a creer que “en el Paraguay no es difícil nacer loco”. Los elementos que contribuyen a este estado anímico podrían ser con certeza, según el satírico de Silva: “hambre y [...] verano, [...] explotación y catolicismo”. Son las cuatro causas que hayan afectado “la cordura nacional en sus raíces” (GG, p. 15).

Los funcionarios estatales profundizan todavía esta crisis psicológica a través de su corrupción e inercia. Los militares siguen este ejemplo y, además, se caracterizan por la violencia. De ellos escribe Lincoln Silva sin rodeos: “Los militares son todos contrabandistas [...] regentes de prostíbulos. El dictador los emputeció a todos” (GG, p. 75). Conviene recordar que los soldados constituyen el blanco de numerosos ataques dirigidos por los autores realistas, por ejemplo Augusto Roa Bastos o Rubén Bareiro Saguier los critican en sus cuentos. También Silva coincide con la imagen negativa de la clase militar paraguaya, destacando con fuerza —como Roa Bastos y Josefina Plá— la lujuria que ciega a los hombres armados. También el profeta Sanabria le es infiel a su esposa, pero llaman la atención los abusos sexuales de los agentes del orden público. Tomasita, la joven que vivía con su madre vieja, por dar un solo ejemplo, “había caído en la trampa de un agente [...] que aprovechándose del desamparo de ambas, la violó en una tarde de truenos y relámpagos” (RD, p. 90).

Lincoln Silva dirige el filo de su crítica contra el sistema parlamentario que durante la dictadura estaba pendiente del Jefe único. Por eso los responsables de suavizar la imagen del gobierno del General recitan: “aquí en la capital casi ya no hay enemigos del Gobierno”. El narrador es más consciente y ve que la libertad de expresión es un mito: “Está la Oposición Parlamentaria, que sabe Dios por qué no tiene adictos. Los demás están en el exilio y los otros en la cárcel o escondidos para siempre bajo tierra” (RD, p. 23). También el protagonista se muestra mordaz con los políticos: “la peor desgracia es que la conciencia de nuestros dirigentes esté siempre en subasta pública” (RD, p. 40).

Debido a la política de represión aumenta el número de los oprimidos. Silva percibe el fruto de las persecuciones hiperbólicamente porque, al final, las víctimas se cuentan por montones y asemejan los cadáveres de los cuadros de un Goya un centenar de años después: “los basureros de la Municipalidad pasan con sus chirriantes carretas, cargando los cadáveres de la oposición para la venta a los estudiantes de medicina” (GG, p. 42). Silva no teme denunciar el apoyo y la aceptación de las potencias mundiales a todo tipo de las injusticias que se cometen en el Paraguay bajo el lema de “proteger la democracia”. Expresa su desacuerdo con el imperialismo de tipo político cuando nota una colaboración estrecha entre el régimen dictatorial paraguayo y los servicios secretos norteamericanos. La denuncia es indirecta pero puede leerse entre versos: “la dictadura [...] prometió acatar el resultado del referendum, siempre y cuando ninguno de los dos bandos en pugna atacara la política de los Estados Unidos de Norteamérica” (GG, p. 94).

3. Contra el discurso religioso-moralizante

Al declarar a través de Benedicto Sanabria que “los obispos no eran más que curas en tecnicolor” (GG, p. 57), el autor está ridiculizando las costumbres católicas. No duda en cuestionar el infierno, en el que precisamente Sanabria está cierto tiempo después de su primera vida y luego lo relata a un cacique, también mencionando su discusión con los ángeles (GG, cap. VI) o inquietudes de las almas en el Purgatorio: “Todos los muertos murmuraban que yo iba a ver a Dios, por falta de mansedumbre” (GG, p. 26). Y no solo Sanabria está metido de lleno en la teología, también su tía le maldice a la madrina “por haber interrumpido con su herejía, el comienzo de [...] [su] beatificación” (RD, p. 112). Nótese que la preocupación por la futura beatificación ya aparece también en Gabriel García Márquez en su cuento “La santa”, que integra *Doce cuentos peregrinos*.

La obligación a obedecer al poder, tan rechazada por los anarquistas, está siendo presentada en Sanabria que resulta ser el profeta de una falsa religión, que enseña la resignación como “una de las virtudes que más alegra a Nuestro Señor” (GG, p. 27). Tal postura ya está definida en otros autores del realismo crítico paraguayo, por ejemplo en Roa Bastos. El cura del cuento “Kurupí”, el padre Dositeo, llega a consolar a los viejos de Itapé que vienen a él en busca de ayuda y a quejarse de las constantes violaciones sufridas por sus mujeres efectuadas por el jefe político de allá, Melitón Isasi¹⁹. En varios aspectos copia del padre Dositeo, sería el cura del malogrado drama juvenil de Gabriel Casaccia, titulado *El bandolero*. Frente al ataque de un bandido José María, el cura advierte la imposibilidad de una defensa digna y da el siguiente consejo a los habitantes intimidados de la aldea: “A nuestros semejantes debemos tenerlos amor y no odio”²⁰. Frente a los atropellos cometidos por la banda que vagaba por la comarca expresa lo mismo: “Tenemos que recibirlos [dolores — MD.] con paciencia y resignación. He aquí la suprema sabiduría [...] [v]ivir es llorar y sufrir. El mundo no es más que un vasto huerto Getsemani”²¹.

Lo político en Silva en seguida se convierte en lo religioso y al revés. Toda la labor pública requiere una enseñanza moral y se vincula con la ideología, predominantemente cristiana o sincrética, mejor dicho. La perspectiva interpretativa de la actualidad paraguaya está hecha desde la *Biblia*. Igual como fue realizada la reescritura del mito del Edén en *Cien años de soledad*, en *General*, *general* tenemos la interpretación del modelo veterotestamental de Noé y su Arca que debe salvar a un puñado de elegidos del Diluvio, identificado en este caso con la caída de la alianza entre la Iglesia y el Estado, fuertemente arraigada —según Silva— en el Paraguay. El profeta Sanabria llega a construir un arca de salvación, con el único objetivo de poner fin al pacto al que han llegado

¹⁹ A. Roa Bastos, “Kurupí”, en: idem, *Cuentos completos*, Asunción, p. 282.

²⁰ G. Casaccia, *El bandolero*. *Maléo*, edición bilingüe español-guaraní, Asunción, 2007, p. 26.

²¹ *Ibidem*, p. 118.

la Iglesia y la Citrus Company (GG, p. 100). Como un rebelde nato, Sanabria husmea la conspiración por todas partes y descubre que la campaña pública de moralización promovida por el Estado, fue en verdad también “una maniobra de la Iglesia, el gobierno y la Citrus Company, destinada a distraer la atención de los paraguayos del despojo, la expoliación y la matanza de los aborígenes en todo el territorio de la República” (GG, p. 92–93). Por esa razón, “[n]o debemos olvidar nunca [...] —continúa el *alter ego* de Silva— que todas las tiranías del mundo han tratado de ocultar siempre sus crímenes y su podredumbre con campañas de moralización” (GG, p. 93). En su primera vida, antes de su segunda resurrección milagrosa, el compañero de Sanabria, “Tapiti” Benítez, queda apresado como colaborador de los guerrilleros porque “andaba repartiendo panfletos subversivos” y “dirigía un elenco inestable que improvisaba comedias sobre comisarios rurales, curas amancebados” (RD, p. 54). Rafael Droguet, el propietario francés, dice indicando el doble discurso cristiano y la moral hipócrita: “Todo el mundo reza pero nadie se conmueve ante el hambre” (RD, p. 88).

También de procedencia anárquista consideramos juegos de palabras provenientes de las *Sagradas Escrituras*, que normalmente en un país católico obtienen una reverencia debida. En Silva quedan invertidas las palabras de Pilatos que acaba de consentir la muerte de Jesús. En la versión burlesca se lee: “Yo me lavo las manos de la sangre de este justo, pero me lavo con jabones de tocador ‘Pilatos’, el jabón de la conciencia perfumada y tranquila” (GG, p. 74). También se parodia a Jesucristo que pide que se le acerquen los niños: “Dejad que los niños vengan a mí, porque detrás vienen las niñeras” (GG, p. 74), lo que tiene inclusive hasta connotaciones eróticas.

El popular profeta denuncia públicamente el mal y —en consecuencia— sufre persecuciones. Nunca deja de burlarse de todo y su burla es un terror entre las risas. Como el anarquista Barrett, Silva en su prosa considera inútil toda la institución de tipo religioso. Para el colmo, la convicción de que el diablo está presente en las estructuras eclesiales le acerca a ciertos líderes de las sectas milenaristas, por ejemplo, en las afirmaciones que demuestran la intervención de los espíritus malos:

el Demonio había creado todas las iglesias del mundo, para sabotear sistemáticamente, por medio de sus popes, pastores y sacerdotes, la llegada del Reino del Amor, la Justicia y la Libertad que Dios había prometido a la humanidad desde los primeros capítulos del Pantateuco (GG, p. 102).

El padre Castilla, ocupado con la recolección de fondos para la construcción del templo en Barrero Grande (que, por cierto, es el nombre del pueblo donde nació en narrador), trata de sacar de mala manera dinero a su feligresía utilizando el lenguaje violento y lleno de amenazas. Por ejemplo formula preguntas: “¿Deseáis acaso que este pueblo sea barrido por la Ira Divina? ¿Os esperaréis que venga el Comunismo, para daros cuenta que el reino del Demonio ha llegado?” (RD, p. 47). Y no le es nada fácil hacer un trabajo pastoral con los

fieles tan apegados a los valores terrenales. Las amenazas y los gritos ya no dan el fruto deseado; es peor, la gente se acostumbra a las amonestaciones. Silva lo evidencia: “Después de tantas cosas nos habíamos curado ya de espanto. Acostumbrados estábamos a recibir amenazas de ir al infierno para sufrir eternamente por nuestros pecados y desatinos” (RD, pp. 47–48).

Silva también está preocupado por la moral del pueblo cristiano, destacando especialmente —como ya se ha demostrado— las infracciones del sexto mandamiento. Entre los que levantan el templo local en Barrero Grande son los pobres que vendían sus últimas gallinas u otros animales con el fin de financiar la construcción de la iglesia y trabajaban día y noche. Vienen hasta las mismas prostitutas que trabajan sudando por las noches con sus clientes, también por la construcción del templo (cfr. RD, p. 48). Comentando esta parte de la novela, Rodríguez-Alcalá hace notar que “aquí parece que Lincoln Silva va satirizando en serio”²². Catalina, la esposa de Benedicto Sanabria piensa divorciarse de él por las numerosas infidelidades de su marido pero retrocede recordando la regla general: “si el primer marido es malo, por lo general, el segundo es peor” (GG, p. 115). Luego, paradójicamente, trata de ayudar al marido a recoger fondos para la construcción de su Arca y hace el sexo pagable con este fin, convirtiéndose al final en una prostituta experta. Aquí aparecen claras referencias con esta imagen a la empresa del sargento Pantoja de *Pantaleón y las visitadoras* de Vargas Llosa. En verdad, con el desenfreno y el humorismo con que trata el sexo, Lincoln Silva en varios lugares se presenta como muy partidario a un Vargas Llosa.

4. Conclusión

“Nadie más irreverente que el novelista paraguayo. Acaso el escritor hispánico más irreverente de nuestro tiempo”, ha opinado Rodríguez-Alcalá²³. Aunque comparable con Gabriel Casaccia y Jorge R. Ritter por la manera de retratar el pueblo paraguayo y la política oficial, Silva no ofrece soluciones y no es unívoco. Mientras Ritter se presenta más como un positivista y Roa ofrece una esperanza, los protagonistas de Silva están llenos de contrariedades: Sanabria al mismo tiempo es jefe guerrillero y se asemeja a Mahatma Gandhi. Lo iconoclasta en Lincoln Silva hay que verlo en el contexto —inactual ya— del gobierno de Stroessner e interpretarlo como un juego artístico: como una tragedia hecha sátira. Sin buscar lejos, tal modelo narrativo podría haberle ofrecido Valle-Inclán. De todos modos, la narrativa de Silva puede ser considerada como el esperpento a la paraguaya.

²² H. Rodríguez-Alcalá, *La incógnita del Paraguay...*, p. 80.

²³ *Ibidem*, p. 81.

Referencias bibliográficas

BARRETT R.

2010 *Obras completas*, Santander, Ediciones Tantín.

BENISZ C., CASTELLS M.

2009 “Notas sobre la novelística de Gabriel Casaccia, un escritor malo”, en: <<http://produccion.fsoc.uba.ar/paraguay/nosotros/benisz01.pdf>> 24 de agosto de 2010.

CASACCIA G.

2007 *El bandolero. Maléo*, edición bilingüe español-guaraní, Asunción, Criterio Ediciones.

CORRAL F.

1994 *El pensamiento cautivo de Rafael Barrett. Crisis de fin de siglo, juventud del 98 y anarquismo*, México D. F.–Madrid, Siglo Veintiuno España Editores.

DROZDOWICZ M.

2011 “Rafael Barrett y las ideas de la Generación del 98. Aclaraciones y críticas”, *Studia Romanística*, 2, pp. 59–71.

EZQUERRO M.

2002 “El peso de la historia. La narrativa”, *Cuadernos Hispanoamericanos*, 629, pp. 29–37.

LANGA PIZARRO M.

2008 “Paraguay y su narrativa: la ruptura del aislamiento”, en: Barrera T. (ed.), *Historia de literatura hispanoamericana*, t. III, *Siglo XX*, Madrid, Cátedra, pp. 453–462.

LEWIS P.

1986 *Paraguay bajo Stroessner*, trad. M.T. Góngora Barba, México, Fondo de Cultura Económica.

MÉNDEZ-FAITH T.

1996 *Breve diccionario de la literatura paraguaya*, Asunción, El Lector.

2009 *Paraguay: novela y exilio*, Asunción, Intercontinental Editora.

PECCIA.

2007 Roa Bastos. Vida, obra y pensamiento, Asunción, Servilibro.

PEIRÓ BARCO J. V.

2000 *Literatura y sociedad. La narrativa paraguaya actual (1980–1995)*, en: Biblioteca Virtual Miguel de Cervantes, <<http://www.cervantesvirtual.com/FichaObra.html?Ref=6999>> 16 de abril de 2009.

ROA BASTOS A.

1990 *El texto cautivo*, Fundación Colegio del Rey, Alcalá de Henares.

1997 *Hijo de hombre*, edición definitiva, Madrid, Alfaguara.

2003a *Cuentos completos*, Asunción, El Lector.

2003b *Yo el Supremo*, Madrid, Cátedra.

RODRÍGUEZ-ALCALÁ H.

1987 *La incógnita del Paraguay y otros ensayos*, Asunción: Arte Nuevo Editores.

1990 *Augusto Roa Bastos. Premio Cervantes 1989*, Asunción, Intercontinental Editora.

SILVA L.

1970 *Rebelión después*, Buenos Aires, Editorial Tiempo Contemporáneo.

1975 *General, general*, Buenos Aires, Crisis Libros.

Lincoln Silva, iconoclast

Keywords: Lincoln Silva — Paraguayan literature — anarchism — dictatorship — Catholic Church.

Abstract

Lincoln Silva is one of the Paraguayan writers outshone by Augusto Roa Bastos and Gabriel Casaccia. Being an author of two novels, *Rebelión después* and *General, general*, he displays his belonging to Rafael Barrett's "journalism of accusation," originated at the beginning of the 20th century. In general, Silva can be considered an anarchist who does not agree with Alfredo Stroessner's dictatorial system and criticizes the institution of the Church and its language. The proletarian revolution and politics itself become another subject of his criticism. Silva opposes the dictator but does not consider satisfactory the possible governance of the opposition. He ridicules the topics of the Paraguayan culture without offering concrete solutions. He refuses the concepts but does not intend to be constructive. Just as Cassacia's protagonists, all the characters created by Silva are pulled into ethically ambiguous situations and they can be possibly interpreted as "esperpentic."